

David van Reybrouck, *Contra las elecciones*, Madrid, Taurus, 2017, 240 págs.

Me preguntaba antes de leer este libro si definirse contra las elecciones es lo mismo que estarlo contra la democracia, porque si las democracias son electivas y las elecciones son el cáncer (al menos el principal tumor) de la democracia, si se está contra las elecciones –como el autor lo está–, entonces, ¿se está contra la democracia? En política no existe la ley de la transitividad, aparentemente.

David van Reybrouck es un belga que ha conseguido convertirse en *best seller* gracias a publicaciones de ficción, históricas o de teatro. Los editores informan que es doctor por la Universidad de Leiden, aunque no se sabe en qué especialidad porque se lo presenta como arqueólogo, historiador y filósofo. Este libro se publicó por el editor holandés en 2013 con el título *Tegen verkiezingen*, un año después Actes Sud lo editó en Francia, en 2016 The Bodley Head (una subsidiaria de Random House) lo tradujo al inglés y en 2017 apareció en castellano. Un éxito democrático, por cierto.

La frase inicial que funge de apertura, del libro y de las ideas, está tomada del genial Rousseau: «El pueblo inglés piensa que es libre y se engaña: lo es solamente durante la elección de los miembros del Parlamento; tan pronto como estos son elegidos, vuelve a ser esclavo, no es nada». Buque enseña que marca el camino por el que transitaremos mendigando saberes.

La estructura del libro es sencillísima. Consta de cuatro secciones que no se dicen partes ni capítulos, diseñadas al igual que un infectólogo (tan común en estos días) analiza un virus partiendo de ciertos indicios, busca la causa de su presencia en el organismo, describe el origen y la evolución de la enfermedad, para concluir recetando los medicamentos que curen al paciente.

«1. Síntomas». «¿Por qué andan mal las democracias?», le preguntan al experto que desde el proscenio controla el colmado auditorio. Después de meditarlo, porque no es impulsivo, es un intelectual que pone en movimiento el aparato discursivo, el sabio da tres respuestas. La democracia entusiasma a los hombres pero estos mismos desconfían de ella. La paradoja de los sistemas democráticos. Ahonda y espeta la segunda: las democracias están viviendo una crisis de legitimidad porque van perdiendo consenso, se desmorona la aceptación pública. Tras una meditación, nos allega la tercera causa: porque esta crisis de legitimidad pareciera reposar en una crisis de la eficiencia democrática por el deterioro de la capacidad de resolución de los problemas.

El público oyente queda conforme con las sabias respuestas, pero como es democrático, y por lo tanto inconformista y desconfiado, repregunta al científico «porqué anda tan mal la cosa». El intelectual se toma su tiempo, un poco más que antes, para exponer una cuadrúpeda causalidad: «2. Diagnósticos». Dijo en primer lugar que muchos han atribuido la causa a los políticos, esa secta culpable de los males; pero hay que desecharla, porque ese es el discurso populista. Pasemos, impone, a una segunda causa: la democracia misma, dicen otros, es la culpable; pero tampoco es válida, porque es el argumento de los tecnócratas de siempre, esa aristocracia perversa y autoritaria. Hay quienes argumentan una tercera causa, elucubra nuestro médico: la culpa la tiene la democracia representativa, porque la representación o es imposible o es un desastre (que es otra manera de concluir que es imposible), lo que es falso porque es el archisabido discurso de los que quieren la democracia directa, como si fuera realizable.

Entonces, como en el juego del gran bonete, inquietan unos a otros los inquietos oyentes: «¿quién tiene la culpa?». Nuestro genio se yergue, y cubriendo con la mirada al gentío, afirma que él ha llegado a la verdadera causa de la crisis democrática. Impávido, sin sonrojarse, en alta voz, sostiene que la culpa es de la democracia representativa electoral. Este es el nuevo diagnóstico, el suyo.

Silencio entre las gentes. Abre la boca el infectólogo y vocifera: pasemos a la «3. Patogénesis», busquemos y expliquemos porqué es veraz mi diagnóstico. Primer momento: en la antigüedad, lo mismo que en el Renacimiento, la democracia usaba de un procedimiento democrático: el sorteo. Pero, en un segundo momento, los ilustrados inventaron un sucedáneo corrupto: las elecciones corruptas. No conformes, en un tercer momento, que es el nuestro, se impuso la democratización de las elecciones, que es un procedimiento ficticio.

Concluye el sabio: «Aquí se encuentra la patogénesis de nuestro fundamentalismo electoral: la elección por sorteo, el más democrático de todos los instrumentos políticos, sucumbió en el siglo XVIII ante las elecciones, las cuales, por otra parte, jamás habían sido consideradas como un instrumento democrático, sino que se entendían como un procedimiento para conducir al poder a una nueva aristocracia no hereditaria. Con la ampliación del derecho al voto, el procedimiento aristocrático se democratizó radicalmente, aunque sin renunciar a la separación fundamental y oligárquica entre gobernantes y gobernados, entre políticos y electores. A diferencia

de lo que Abraham Lincoln habría querido, la democracia electoral se convirtió en un gobierno para el pueblo pero no por el pueblo. De forma inevitable, la verticalidad se mantuvo: seguía habiendo superiores e inferiores, gobierno y gobernados. Las elecciones eran el ascensor de servicio que conducía a algunos individuos hacia lo alto. Por ello, la democracia mediante elecciones siguió siendo algo reservado a cierto feudalismo autoelecto, una forma de colonialismo interior aprobado por los votos.»

Atónitos, los electores-oyentes, sabiéndose ahora engañados por sus elegidos-representantes, claman al médico: «y de ésta, ¿cómo salimos?». Retomando la palabra el médico afirma que ha de recetarnos, para terminar los «4. Remedios», que consisten en uno, únicamente uno: volver al sorteo que hará posible la democracia deliberativa, combinación de antiguas aceitunas griegas ofrecidas en nuevo envase agradable a todos los públicos que ambulan por el mercado democrático. Antes de la reacción del genio, se apura el facultativo a decir los expertos internacionales han probado que con el sorteo hay una verdadera renovación democrática; que él mismo ha certificado que las asambleas elegidas por sorteo renuevan el corazoncillo de las democracias y que para que vean que no miente, tiene en el bolsillo la constitución titulada «Esbozo para una democracia basada en el sorteo».

Pero si al pueblo le pareciera revolucionario, como nuestro científico no lo es –por ser muy liberal hombre–, dice el hombre, encogido de hombros, que es capaz de convertir la propuesta en «un sistema birrepresentativo», en el que se han de comulgar los malos de hoy (los que vienen de los partidos aprovechando de las elecciones) y los buenos del mañana, los hijos del sorteo.

Bien, pues, acaba aquí la conferencia magistral, y el sabio reparte entre los asistentes una cuartilla con la síntesis de su razonable y razonado discurso. Un escéptico, siempre los hay, junto a otros escépticos, porque en democracia son legión, dijo en voz baja: «Otra estupidez democrática más». Y esa vocecilla se convirtió en corrillo. Y todavía corre, entre risotadas.

En política no existe la ley de la transitividad, definitivamente.

Juan Fernando SEGOVIA